

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

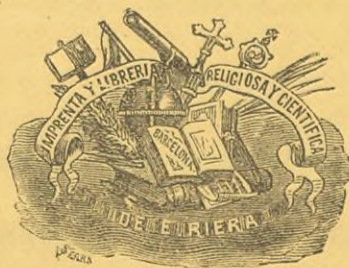
É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

---

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 39.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

# DE LAS PERSECCIONES

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS



DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

DE LOS REYES CATOLICOS

en él, no pudiendo ocultar su amargura, observó que, después de haberse los dos Emperadores partido el mundo, faltaba aún que los dos hijos se partieran su madre.

Parece que esta palabra de Julia fué la que hizo fracasar el proyecto.

Las rivalidades, lejos de cesar, iban haciéndose cada día más insostenibles.

Las divisiones del palacio trascendían al imperio.

Geta era afable, franco, hasta familiar en la conversacion, amante de los hombres de letras: su carácter le hacía simpático á las clases populares.

Caracalla, al contrario, era grosero, hasta feroz; á estos defectos añadía su predisposicion á todas las pasiones de la soldadesca, lo que le proporcionaba partidarios en el ejército.

Caracalla ordenó que fuese echado de su casa el prefecto del Pretorio, Papiniano; hizo pe-  
recer á Evodio, su preceptor, y hasta la desgraciada Plautila, retirada con su hermano en Li-  
pari, recibió de su esposo, apénas elegido Emperador, la órden de morir.



HELIOGÁBALO.

A Geta no se le consultó nunca sobre la serie de barbaridades que venía cometiendo su hermano.

Al lado de Caracalla, el pobre Geta no era más que un simulacro de emperador. Hasta esta sombra llegó á hacersele molesta, y trató de desembarazarse del infeliz hijo de Septimo Severo.

Era preciso manchar una vez más el trono de los Césares con un odioso crimen.

En febrero del año 212 Geta fué invitado á una entrevista de conciliacion. Como los dos Emperadores habían de reunirse en los aposentos de Julia, su madre, el bueno de Geta no sospechó nada. Apénas hubo entrado en el aposento de Julia, los centuriones de Caracalla se arrojan sobre él.

El infeliz Geta corre hacia su madre gritando:

— ¡Madre mia, madre mia! ¡socórreme: me matan!

Geta se arroja en los brazos de Julia, la abraza; ésta le defiende. Todo es inútil. Geta cae muerto, quedando Julia cubierta de su sangre y saliendo herida ella misma.

Al acabar de cometerse el asesinato, Caracalla prohíbe á su madre que llore la muerte de Geta y que ostente luto por él.

Caracalla, salpicado con la sangre del atroz fratricidio, sale corriendo del palacio, se precipita en la calle, atraviesa por entre las turbas horrorizadas, y presentándose en el campamento de los pretorianos, y penetrando en el templo donde se depositaban las insignias de las legiones, empezó á arrastrarse por el suelo lanzando gritos desgarradores. Los soldados corren hacia él. Caracalla les dice que hubiera preferido morir él, y que si vivía era para protegerles á ellos.

—No soy más que uno de vosotros, añade; si he tratado de salvar mi existencia ha sido sólo para poder colmaros de beneficios. Todos mis tesoros os pertenecen; lo único que anhelo es vivir con vosotros, y, si es menester, morir con vosotros. Nunca he temido la muerte; pero yo no puedo querer sino la muerte de los combates. Es la única digna de un hombre.

Estas frases concluyeron con espléndidas dádivas.

Al precio de tantas lisonjas y de tanto dinero los soldados vendieron la absolucion que les compraba el fratricida.

Al día siguiente Caracalla se presenta al Senado con una escolta más numerosa que de costumbre, colocándose una doble fila de soldados entre los bancos de los senadores.

Habló allí, aunque con mucha vaguedad, de amor fraternal desconocido, de emboscadas que le tendía su hermano. El asesino creyó justificarse recordando que Rómulo, para fundar Roma, tuvo que deshacerse de Remo; que Tiberio había muerto á Agripa Posthumo, Nerón á Británico, y hasta llegó á acusar á Marco Aurelio de haber muerto á Vero.

No contento con ser él el que tratara de justificar el fratricidio, quiso que el mismo Senado se constituyera en su panegirista, exigiendo que hablara contra Geta el jurisconsulto Papiniano. Éste contestó:

—Algo más difícil que cometer un crimen, es aplaudirlo: acusar á un inocente sería matarle segunda vez.

Papiniano y su hijo tuvieron que purgar estas palabras con la muerte.

Establecióse entónces en Roma un régimen de terror. Amigos, oficiales, servidores de Geta, todos perecieron.

Caracalla no se daba aún por seguro. Dió un edicto de muerte contra los parientes de los emperadores que le precedieron. Una hermana de Marco Aurelio, vieja y enfermiza, un Pompeyano, de la familia de éste, un Pertinax, hijo de aquel emperador de un día, todos murieron.

El fratricidio se celebró con magníficos juegos en el Anfiteatro, donde se lidiaron elefantes, rinocerontes, tigres; la sangre corrió en abundancia por la arena con gran contentamiento del pueblo.

Lo restante de su imperio correspondió á lo que fué en un principio.

Después de horribles matanzas que realizó en Alejandría, después de saquear el país de los Partos, donde sus tropas hicieron una espantosa hecatombe, al volver de su expedición, en que, ora se vestía con el traje de Alejandro, ora con el de Aquiles, encontró la muerte á manos de un asesino.

El ejército eligió al prefecto de los guardias, Macrino, cómplice del asesinato de Caracalla (217).

Macrino trató de castigar la indisciplina, que tan funesta venia siendo, no sólo á las tropas, sino á Roma en general. Éstas se insubordinaron proclamando al joven y gran pontífice Basiano, que se llamó después Heliogábalo, nombre del dios sirio, de quien era sacerdote.

Tenemos, pues, al frente del imperio un niño de diez y siete años, rodeado de una corte presidida por la madre del Emperador, la cual se gloria de ser adúltera.

Heliogábalo es la voluptuosidad más escandalosa en el trono imperial. Aquel imperio fué una orgía continuada, una monstruosa bacanal de que se hubiera ruborizado el mismo Neron.

Roma, que tuvo por emperadores hombres eminentes como Trajano, filósofos como Marco Aurelio, generales como Septimo Severo, acepta esta vez un niño que se coloca al frente del imperio sin títulos de ninguna clase.

El Senado recibió el retrato del Emperador para colocarlo en la sala de sesiones, sobre el altar de la Victoria, y pudo persuadirse de que su nuevo jefe era un muchacho con cara de mujer, que no se daba prisa en ir á Roma, porque, en su carácter de gran sacerdote de Eme-sis, debía ántes presidir los cantos y las danzas de la divinidad asiática y celebrar las orgías sagradas al ruido de las flautas y de los tambores.

Los romanos vieron al fin entrar en su capital, en vez de un emperador, á un pontífice asiático con su traje de seda, bordado de púrpura y de oro, cosa que la formalidad romana no lo permitía sino á las mujeres; su frente ceñida de rica tiara, bordada de pedrerías, en rededor de los ojos un círculo de vermellon, collares en el pecho y brazaletes en las manos.

Roma toleró la entrada de aquel Emperador, porque no pudo ménos que tolerarla. Al fin, aquel imperio un día tan grande, tan varonil, estaba perfectamente personificado en un Emperador que, más que un hombre, parecía una mujer.

La corte y el gobierno estuvo á la altura de su jefe. El prefecto del palacio fué un bailarín, Eustiquiano; el de los guardias de noche un cochero, Gordio; el de los víveres un barbero, Claudio; se nombró á un cómico príncipe del Senado, á otro príncipe de la juventud, y se colocó á un tercero al frente de la órden ecuestre; los empleos se distribuyeron entre los histriones y los mímicos, y los gobiernos de provincia se dieron á esclavos del Emperador.

Se presenta al Senado acompañado de una mujer, Julia Mesa, la que se sienta al lado de los cónsules, emite su parecer y firma las actas como los demas senadores.

La madre de Heliogábalo preside en el Quirinal otro Senado constituido de mujeres, donde se expiden senatus-consultos dirimiendo las cuestiones de etiqueta, de vestidos, de coches; haciendo del antiguo Senado romano la más completa parodia.

Este pontífice imberbe llegó, respecto á placeres y á obscenidades, hasta un extremo que sería increíble si no lo atestiguaran todos los historiadores contemporáneos.

En la mesa no se presentaba sino lo que podía costar muy caro: cerebros de perdiz, lenguas de ruiseñor. Tenía dada órden de que los animales que se le sirviesen enteros, conservarían, en cuanto fuese posible, su forma natural, salva siempre la condimentacion oportuna; de manera que los peces tenían que servirle en una salsa color de mar y bastante trasparente, para verlos brillar con su vestido de escamas, platos que rociaba él con un vino color de rosa, que él inventó ó perfeccionó.

Los suelos de su palacio estaban cubiertos de polvos de oro y de plata; nunca se ponía dos veces un mismo traje, llenaba sus viveros de agua rosada para bañarse en ellos, daba naumaquias en lagos de vino, dormía en camas de plata, que hacía cambiar continuamente, y se hacía pasear en carruajes recamados de oro, tirados por tigres domesticados ó por mujeres medio desnudas.

Ofrecía al pueblo las sobras de su espléndida mesa; regalaba bueyes magníficos, camellos, esclavos al primero que los tomase, y el pueblo gritaba con frenesí: ¡Viva Heliogábalo!

Si se presenta en público es bailando, y bailando pronuncia sus arengas. A los que le llaman señor, aquel hombre, que ha caído en el fondo de la mas brutal afeminacion, les dice: —¡Llamadme señora!

Aquel imperio era un infame carnaval, aquella corte un vértigo de escándalos y de degradaciones.

Los gastos ocasionados por tantas locuras los pagaban los impuestos y las confiscaciones.

El pueblo, el ejército acabó por cansarse de Heliogábalo que, miéntras se vestía de mujer y trabajaba en labores de estambre, dejaba el imperio al hijo de un cocinero ó á un conductor

de carros del Circo, siendo muerto con su madre el 11 de marzo del año 222, subiendo al imperio el joven Alejandro Severo.

## LXXX.

## Una mujer cristiana junto al trono de los Césares.

Al ser Alejandro elegido emperador, no contaba mas que catorce años. Pero tuvo la fortuna de ser educado por una madre que era el reverso de la medalla de la de Heliogábalo.

Mammea, que tal fué su nombre, es una mujer que supo conservar su castidad, su virtud en medio de las escenas de prostitucion de que era teatro la corte imperial. Los mismos historiadores paganos la llamaron *Santa*.

Si la madre de Heliogábalo fué el tipo de las viejas y criminales supersticiones del Asia, Mammea fué una mujer de espíritu privilegiado, de gran corazon, perfecta concedora de su tiempo.

Gustaba de conversaciones con personas graves: retóricos, poetas, filósofos contribuyeron á formar la elevacion de su espíritu.

«Era, dice Eusebio de Cesarea, una mujer de una virtud y una piedad eminentes (1).» Siguiendo á la corte en Antioquía, durante el imperio de Macrino, oyó hablar de Orígenes. El famoso apologista «estuvo algun tiempo en el palacio donde moraba la madre del futuro Emperador, á quien hizo comprender, por medio de abundantes testimonios, la grandeza de Dios y la sublimidad de la revelacion divina.»

Más tarde Mammea volvió á conferenciar con Orígenes en Roma. Orosio, en el siglo V, afirma que Mammea fué cristiana, y san Vicente de Lerins, en la propia época, habla de Mammea como de una mujer «llena de la sabiduría de Dios é inflamada en amor divino (2).»

Instruida en los principios cristianos, hubo de comprender los deberes que una madre tiene respecto de sus hijos, y supo cumplirlos.

Dióle por preceptores hombres de gran saber y de reconocida probidad; pero sin olvidar nunca que, en carácter de madre, ella debía ser la primera maestra del joven Alejandro. Dando toda la extension posible á su educacion literaria, artística y militar, no descuidó su educacion moral, en la que, sin condenarle á un rigorismo estóico, le imprimió hábitos de frugalidad en la comida, de sencillez en el vestido, de modestia y afabilidad en el trato con las gentes, manteniéndole apartado de compañías peligrosas.

Alejandro Severo era un joven robusto, de bella fisonomía, de aspecto varonil, notándose en su mirada una particular fascinacion.

Su madre le enseñó desde niño á no dar importancia á una posicion que sus antecesores habian perdido despues de desprestigiarla de una manera harto triste.

Bajo aquel imperio, que fué el imperio de la honradez, Roma atravesó un fecundo período de paz. Desterró Alejandro las supersticiones escandalosas, purificó aquella atmósfera del palacio tan maleada por una corte disoluta, rebajó los impuestos y trabajó para contener en el imperio los excesos del lujo.

(1) *Hist. Eccl.*, VI, 21.

(2) *Vincent. Lirsin.*, 23.

## LXXXI.

## Progresos del Cristianismo.

Bajo un Emperador semejante el Evangelio no podía dejar de hacer notables conquistas; abríanse cada día á la verdad nuevas almas; pueblos enteros abandonaban las viejas supersticiones para abrazar la doctrina de JESUCRISTO.

La institucion pagana bamboleaba; testimonio de ello es la facilidad con que se aceptaron en tiempos de Heliogábalo cultos completamente antipáticos á los de Roma y los propósitos de fundir en una sola religion todas las creencias.

Preparábase la grande obra de la unidad cristiana.

Encuétrase en el oratorio del Emperador una divinidad, no solo nueva, sino ferozmente odiada por los paganos: Alejandro Severo manda colocar en su *Lararium* la imágen de JESUCRISTO. Es verdad que estaba allí al lado de Orfeo y de Apolonio de Tiana. El imperio de Alejandro no es todavía la verdad religiosa apoderándose del poder imperial. En la época de Alejandro los dioses todavía se defienden; pero no hay duda que se defienden en innegable retirada.

En la familia imperial figuran ya varios cristianos. El Emperador, léjos de hacerles la guerra, adopta sus máximas.

Se establece en Roma una iglesia cristiana en un terreno que no tiene amo. Unos vendedores de bebidas pretenden tener derecho sobre aquel local. Alejandro dice que es preferible ver allí á Dios adorado bajo un nombre cualquiera que una casa donde el pueblo se entregue á la embriaguez.

Al tener de nombrar un gobernador de provincia dice:

—«Hagamos como los judíos y los cristianos, que no consagran un sacerdote sin publicar ántes su nombre y hacer averiguaciones sobre su fama pública (1).»

De los cristianos aprendió aquella máxima que tenía siempre en los labios, que la mandaba publicar por el heraldo, que la hacía esculpir en los monumentos públicos:

«No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti (2).»

## LXXXII.

## Mártires de la época de Alejandro Severo.

La conducta de Alejandro Severo respecto á los cristianos fué una tolerancia práctica.

Tenía que hacer tantas cosas, que luchar con tantos obstáculos, que no se ocupó de abolir las leyes contra los cristianos, convirtiendo en tolerancia legal lo que hasta entónces no podía considerarse más que como indulgencia suya, ya que el texto de la ley seguía siendo el mismo.

Nada tiene, pues, de particular que, ora por celo excesivo de pretores ó jurisconsultos adictos á las viejas supersticiones, ora por el odio popular, se realizaran en su tiempo algunas persecuciones.

En esta época pereció Tesperio en Capadocia, de donde era prefecto Simplicio; Esiquio y Julio, soldados, fueron presos en Dorostoro, en la Misia, y condenados á muerte; en Roma murieron Palmacio con su mujer y sus criados, Simplicio, senador, su esposa y muchas personas de su casa, y Félix con su esposa Blanda, y Privato, soldado.

(1) Lamprid. 49.

(2) Id. 51.

El presbítero san Calepodio fué decapitado, y aquel tronco, separado de su cabeza, fué arastrado por las calles de la gran capital, echándosele despues al Tíber. Pero pudo ser recogido por el papa san Calixto, recibiendo honrosa sepultura.

Críticos respetables atribuyen estas persecuciones á los últimos días de Heliogábalo.

Pudiera, sin embargo, ser muy bien que hubiese habido graves atropellos contra los cristianos aún en tiempo de Alejandro, á pesar de la tolerancia y hasta buenas disposiciones del Emperador. Cesarotti da la razon diciendo que los jurisconsultos «formaban entónces una orden muy poderosa, y se mostraban celosos de las antiguas leyes por pedanteria de profesion, estando dispuestos á sacrificar la ley *innata* á la ley *escrita*.»

El hecho es que la persecucion popular que pudo contenerse más ó ménos miéntras Alejandro estaba en Roma, no dejó de producir sus víctimas al ausentarse éste de la capital.

El citado autor Cesarotti consigna que, estando el Emperador fuera de Roma, algunos fanáticos de las antiguas leyes excitaban al pueblo contra los cristianos, y como varias disposiciones anteriores autorizaban para maltratarles con distintos pretextos y encarcelar á los romanos que hubiesen conspirado contra el Estado, bastaba hacer mérito en la sentencia de algun delito punible, y de esta suerte aparecía como reo el cristiano á quien en hecho de verdad sólo se perseguía por su religion.

El papa Calixto I, que había sido reducido á prision tan pronto como Alejandro estuvo ausente, vióse acometido por el populacho, que penetró en la cárcel y le arrojó de lo alto de una ventana á un pozo. El santo no murió de la caída; pero se le dejó allí para que pereciese de hambre.

El pozo es objeto todavía de la veneracion de los fieles, pues se encuentra en la iglesia de San Calixto de padres Benedictinos, cerca de la de Santa María, que edificada durante su pontificado, á favor de la tolerancia de Alejandro Severo, fué renovada por Gregorio III en 740.

La virgen Martina dió tambien en aquella época la vida por JESÚS.

Al papa san Calixto sucedió el papa Urbano I (223), noble romano que logró atraer al Cristianismo á muchos miembros de la nobleza. Éste fué citado ante el pretorio. Los enemigos del Cristianismo, atendidas las disposiciones del Emperador, la primera vez no se atrevieron á condenarle.

Citósele segunda vez ante los tribunales. Había interés en sentenciarle conforme al texto de la ley; Urbano persistió en la confesion de la fe; pero el Emperador se hallaba entónces en la capital y tampoco fué posible la ejecucion del Pontífice. Éste creyó del caso no permanecer en el interior de la ciudad, retirándose á las catacumbas de la Via Apia, en el cementerio que había mandado ensanchar su antecesor san Calixto.

Durante una expedicion de Alejandro á la Persia, quedó de prefecto en Roma Almaquio, hombre que profesaba aversion particular á los cristianos. Sufrieron entónces el martirio varias personas pertenecientes al pueblo. Los cristianos, á precio de oro, compraban á los verdugos los restos de los mártires, que sepultaban despues con solemnidad. Recogíase tambien en esponjas la sangre, y apretándolas despues, se depositaba religiosamente en redomitas. Buscábanse al propio tiempo con gran solicitud los instrumentos del martirio, conservando así para la posteridad los gloriosos trofeos de la victoria.

Al regresar á Roma Alejandro Severo, el prefecto Almaquio cesó en sus violencias, y los cristianos disfrutaron un período de paz y libertad.

El escritor pagano Lampride dice refiriéndose al Emperador: «Permitió que hubiese cristianos (1).»

El derecho de asociacion fué más respetado; y de esta libertad no dejaron de aprovecharse los discípulos de CRISTO, á quienes se permitió reunirse una vez cada mes en asambleas, en las que, despues de la comida fraternal ó Agapa, depositaban algun dinero para el culto, para limosnas á los pobres y sepultar á los hermanos difuntos.

(1) *Christianos esse passus est.* (Lamprid. 22).



Al tratarse de actos exclusivamente religiosos, la reunion fué libre durante aquel imperio, el templo de CRISTO empezó á ser respetado.

Todo da á entender que el culto cristiano empezó á tomar un carácter público, de que hasta entónces había carecido; durante aquella época pudieron salir de la sombra en que se envolvían los cuarenta lugares consagrados á la oracion, las cinco parroquias (*tituli*) que encontró y destruyó la persecucion de Diocleciano.

No era aquello el reinado del Cristianismo, pero empezaba á ser la libertad.

No sólo se dejó á los fieles el templo, sino tambien el derecho á la sepultura. Empezaron á levantarse entónces en público aquellos sepulcros cristianos que el pueblo pagano respetaba en periodos pacíficos, aún cuando los insultase en épocas de persecucion, y aparecieron en ellos inscripciones ya de un carácter abiertamente cristiano.

Fué durante aquel imperio cuando, no sólo en Roma, sino en Nápoles y hasta fuera de Italia, en gran número de provincias, que se desarrollaron aquellos hipogeos donde los cristianos inhumaban sus cadáveres; siendo tambien entónces cuando se circuyó la capital de aquella cintura de catacumbas que se empezaron á abrir ya en épocas precedentes, que en los periodos de libertad se ensanchaban y adornaban y en los días de persecucion se llenaban de mártires.

### LXXXIII.

#### La persecucion reaparece en época de Decio.

\* Atendida la gran corrupcion de Roma, Alejandro no fué un emperador á propósito para su tiempo. Pudo retardar algo la decadencia, pero necesitábase un brazo mas robusto para contener aquella corriente.

El trono imperial bamboleaba, y Alejandro no era bastante para sostenerle. Para ocupar aquella sede circuída siempre de sangre, el carácter magnánimo de Alejandro no era el más á propósito.

A la vista del Emperador fué asesinado por los guardias el prefecto Ulpiano, personaje que no dejaba de ser de gran valía. Era una de tantas violencias que Alejandro ni siquiera pudo castigar; así fué que su mision se redujo á una lucha estéril contra la degradacion de su época.

Se le acusó ante el ejército de condescendiente con los enemigos de Roma, y algunos soldados fueron á buscar su cabeza y la de su madre, miéntras se proclamaba emperador Maximino, que había sido pastor y que gozaba entónces de gran popularidad entre las tropas.

Maximino personificó la fuerza. Era un tracio de origen godo, una especie de gigante de siete piés de altura, excesivamente grueso, que comía diariamente cuarenta libras de carne y bebía una ánfora de vino (1). Guardaba rebaños, cuando en presencia de Septimo Severo derribó á diez y seis legionarios uno despues de otro. El Emperador le afilió en el ejército hasta que un capricho de la fortuna le elevó á la sede imperial.

El emperador de Roma no pasaba de ser un bárbaro que no quiso pisar siquiera los umbrales de la capital, que realizaba medidas terribles de crueldad, diciendo que era la única manera de arrancar de su molicie á los romanos, á quienes profesaba honda aversion, y que arrebatando de los templos las estatuas de oro de los dioses las convertía en moneda.

El hecho, no ya de despreciar á los senadores, sino de perseguirles sistemáticamente, hubo de costarle caro. Un miembro de este cuerpo, Gordiano I y su hijo Gordiano II fueron proclamados emperadores, pero atacado éste por el gobernador de la Mauritania pereció en el combate, y su padre, lleno de desesperacion, se suicidó. Los senadores creyeron que no habían

(1) 26 litros.

de retroceder en su oposicion á Maximino, y eligieron emperador á un antiguo soldado, Máximo Pupiano y al jurisconsulto Claudio Balbino, exigiendo el pueblo que se les agregara además el hijo del jóven Godiano.

Eran los elegidos del senado y del pueblo, razon suficiente para que los combatieran las tropas. El ejército se echó sobre el pueblo, que queria sostener á sus Emperadores, y miétras éste se veía en la precision de retirarse, los soldados iban saqueando y quemando las casas.

No obstante, la resistencia contra Maximino continuó en las provincias, las que se declararon contra él. Poniendo sitio este Emperador á Aquilea, cundió el descontento entre las tropas á causa de la escasez de víveres, prodújose una sedicion y fué degollado junto con su hijo.

No por esto los pretorianos recibieron con gusto á los elegidos por los senadores y el pueblo. En la fiesta de los juegos capitolinos, estalló un motin en el que murieron los dos Emperadores víctimas del puñal asesino.

Los pretorianos aceptaron por único jefe del imperio á Gordiano III, que contaba entónces la edad de trece años, gobernando por él su preceptor y suegro Misiteo, *custodio de la República*.

Al morir éste, ascendió á prefecto del pretorio el árabe Filippo, quien dió muerte al Emperador á fin de ocupar su puesto (244).

Cinco años despues las tropas se cansaron tambien de Filippo, estallaron sediciones por todas partes, proclamóse á Decio, y en una batalla dada cerca de Verona fué muerto Filippo, miétras degollaban á su hijo en la capital.

Durante la época de Gordiano y de Filippo, la Iglesia gozó de bastante libertad. El papa Fabian no tuvo entónces inconveniente en construir multitud de oratorios á la vista de todos los que quisiesen verlos, y este Papa pudo ir á recoger en Cerdeña y transportar sin temor el cuerpo de Ponciano.

Familias de gran posicion y de nombre ilustre entraron en el gremio de la Iglesia, y estas conversiones llamaban tanto más la atencion cuanto más distinguido era el puesto que ocupaban los convertidos en la sociedad romana.

Parece que hasta los puestos públicos, inaccesibles hasta entónces á los cristianos, empezaban á ser ocupados por algunos de ellos.

M. Fulvio Petronio Emiliano, murió en 249 siendo cónsul, dejando una hija suya, Anotolia, bajo la tutela de dos criados suyos cristianos, Calocero y Partenio, que recibieron más tarde la corona del martirio.

No obstante, en la última época de Filippo empezó ya á turbarse la paz.

Se sabe de la virgen Heliconida, que murió mártir en Corinto.

En Alejandria descargó en 249 una borrasca precursora de tremenda tempestad.

Nos explicaremos fácilmente el porqué en el último año de Filippo estalló la persecucion en Alejandria, miétras gozaban de paz las otras iglesias del imperio. Para ello es preciso tener en cuenta la índole especial de aquella poblacion.

Alejandria había acabado por ser una ciudad esencialmente revoltosa. Era el centro de todo el comercio de Oriente, lo que quiere decir, que se reunían allí gentes de todos los países, imprimiendo á la poblacion este carácter abigarrado que tan fácilmente se presta á la explotacion de las pasiones populares, dándose allí cita hombres de todas las sectas y de todos los partidos.

A los disturbios civiles, á las revueltas solían seguir hasta despues de su represion escenas de la más feroz venganza, que no podía precaver toda la severidad de los gobernadores romanos.

El número de cristianos en Alejandria no dejaba de ser notable, lo que daba lugar á que los gentiles se despacharan ferozmente contra ellos en asambleas y en conversaciones particulares.

Había en la ciudad cierto poeta callejero que se daba entre el populacho aire de adivino y que estaba á sueldo de los patrocinadores de la supersticion pagana.

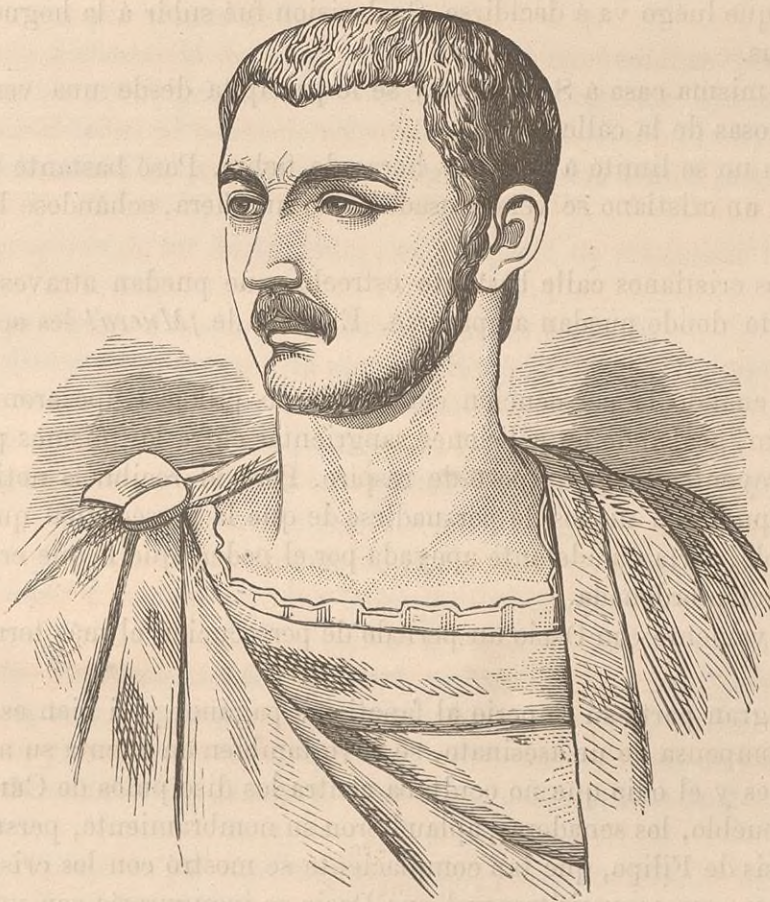
Desde bastante tiempo este embaucador venía excitando el fanatismo de las masas idólatras contra los cristianos.

El ser promovido Heracles al patriarcado no dejó de excitar la curiosidad pública en Alejandría. El romancero, aprovechando aquella coincidencia, empezó á echar arengas llenas de ira contra los creyentes de CRISTO.

En una hora de exaltacion dejóse oír entre aquellas masas fascinadas el grito de

—¡Fuera los cristianos!

Este grito fué la chispa echada al combustible de odio y de las más aviesas pasiones que se excitaban continuamente contra ellos.



ALEJANDRO SEVERO.

Escogióse por primera víctima un anciano llamado Metras. Apoderáronse de él las turbas queriendo obligarle á blasfemar contra el Dios de los cristianos. Al resistirse, empiezan á arremeterle á palos; unos se entretienen en clavarle astillas de caña en los ojos, otros le arrastran, y al fin terminan por apedrearle ferozmente en uno de los arrabales de la poblacion.

El populacho, cegado por la embriaguez de la sangre, corre á apoderarse de una piadosa mujer llamada Quinta, y las turbas, formando como en procesion, la conducen al templo de uno de sus ídolos. Quieren forzarla á adorar á la fingida deidad, le presentan el incensario; pero Quinta, no sólo se resiste heroicamente, sino que proclama en alta voz el concepto que le merecen las falsas divinidades. Entónces la irritada plebe le echa una cuerda á los piés, la derriba en tierra, y arrastrada por multitud de gente perdida, su débil cuerpo va saltando por entre los puntiagudos guijarros de la calle. Despues la azotan cruelmente, y al tenerla en el arrabal la hunden en un monton de piedras que arrojan sobre ella.

La emocion popular va tomando mayores proporciones. Se da la consigna de matanza general; el populacho penetra en las casas de los cristianos, las habitaciones son saqueadas,

y con los muebles que se echan por las ventanas, se levanta en la plaza una inmensa hoguera en medio de la feroz gritería de aquellos desalmados.

Los cristianos que cayeron en poder del desenfrenado populacho permanecieron fieles en su fe, sintiéndose dichosos con sufrir por JESUCRISTO. Entrè tantos atropellos de que fueron víctimas, no pudo contarse sino un apóstata. No sólo hombres, sino niños, mujeres, todos confiesan al Crucificado con un valor admirable.

Entre otras, la plebe se apodera de una mujer doblemente respetable por sus años y su virginidad, se llama Apolonia. La emprenden á puñadas contra ella, haciéndole saltar los dientes, la conducen fuera del recinto de la ciudad y encienden allí una hoguera donde dicen que van á quemarla viva si no blasfema inmediatamente de JESUCRISTO. Apolonia les responde que la suelten, que luégo va á decidirse. Su decision fué subir á la hoguera y meterse ella misma en las llamas.

Prenden en su misma casa á Serapion, y se le precipita desde una ventana para que se estrelle en las baldosas de la calle.

La persecucion no se limitó á aquellas horas de fiebre. Pasó bastante tiempo durante el cual al presentarse un cristiano se veía acosado como una fiera, echándose las turbas sobre él para asesinarle.

No hay para los cristianos calle bastante estrecha que puedan atravesar sin peligro, ni sitio bastante oculto donde puedan ampararse. El grito de *¡Muera!* les acompaña por todas partes.

La lucha cesó cuando la persecucion convertida en pillaje empezaron los perseguidores á disputarse el botin, acabando en colisiones sangrientas entre los mismos paganos.

Pudieron los creyentes tener un poco de respiro. Pero al recibir la noticia de que Filipo había muerto, no pudieron ménos de persuadirse de que la persecucion que hasta entónces venía sólo del pueblo, sería en adelante apoyada por el poder, que lo que era sedicion se convertiría en proscripcion ordenada.

Principia efectivamente con Decio un período de persecucion el más terrible para los cristianos.

Decio debió en gran parte su imperio al fanatismo pagano; y si bien es verdad que recibió el trono en recompensa de un asesinato, se tuvo tambien en cuenta su adhesion á las antiguas supersticiones y el odio que no ocultaba contra los discípulos de CRISTO.

El ejército, el pueblo, los senadores, aplaudieron su nombramiento, persuadidos de encontrar en él la antítesis de Filipo, que tan complaciente se mostró con los cristianos.

Al subir al poder, era creencia general que Decio se inauguraría con un edicto de persecucion.

Este edicto se dió, en efecto, cuando no había transcurrido el tercer mes de ser proclamado emperador.

Fué este edicto una declaracion de guerra, la más solemne, la más fríamente sistemática contra el Cristianismo; en él se revela todo el odio, toda la ferocidad que envenenaba el pecho de aquel Emperador.

La persecucion que hasta entónces venía siendo principalmente popular, tomó en época de Decio todas las proporciones de una gran persecucion política, que para realizarla se pusieron en juego tódos los recursos de que disponía el poder. Ya no fueron las locuras de un Nerón, ó las debilidades de un Marco Aurelio; fué un plan detenidamente concebido y tenazmente realizado; allí se revelaba la prevision, el cálculo; no era una de estas medidas que se toman en momentos críticos para satisfacer las pasiones populares, era una obra de gabinete, realizada con todas las precauciones posibles.

Desde las alturas de su puesto, el Emperador traza con toda exactitud á sus subordinados la línea de conducta que deben seguir, cómo deben seducir á unos con la recompensa, imponer á otros con el miedo, deshacerse de los más valientes con el suplicio.

Es preciso incitar ante todo á los sospechosos de ser cristianos, ó á un acto público en honor de los dioses del imperio, obligándoles á quemar algunos granos de incienso, ó á participar del sacrificio. Si se niegan, es menester que no se les condene á muerte desde luego, sino que se les destierre, que se les eche en una cárcel, que se les someta á los sufrimientos del hambre, de la sed; que se les preparen tormentos que ahoguen de dolor al paciente, pero sin que extingan su vida. Sólo despues de largos días y meses de tormentos, será permitido condenar á muerte á las víctimas, á fin de que los demas cristianos vean que los agentes del imperio tambien saben matar (1).

El edicto se remite á procónsules, procuradores, jueces, tribunos, centuriones, exigiéndoles la mayor responsabilidad en su cumplimiento, como única manera de atender á la salud del imperio, amenazado por la raza de los cristianos.

La Iglesia venía disfrutando de una paz, que salvo momentánea persecucion, duró el largo período de treinta años, gracias á la conducta de Heliogábalo, que creyó no deber sostener la religion del Estado, al benévolo eclecticismo de Alejandro Severo, y al semicristianismo de Filipo el Arabe. Fué la tregua más larga que habia tenido la Iglesia desde su nacimiento.

Pero esta interrupcion de las hostilidades, esta especie de armisticio no dejaba de tener sus inconvenientes.

Aquella larga paz habia acabado por enervar muchos espíritus.

Los cristianos disfrutaban gozosos de aquella tranquilidad, que consideraban muchos de ellos, no como una tregua, sino como una situacion definitiva, recordando el tiempo de las persecuciones como una época histórica, que ya no habia de volver, y al publicarse el edicto de Decio, les encontró á una gran parte entregados á una vida muelle, semipagana.

San Cipriano nos ofrece, aunque con sombras harto cargadas, el cuadro de la cristiandad en aquella época, explicando la persecucion de Decio como un castigo providencial.

«Dios quiere probar á su familia. Una larga paz habia alterado la disciplina tradicional; ha sido menester que la vindicta divina viniese á despertar una fe que languidecía, que estaba casi aletargada. Nuestros pecados merecen un castigo aún más severo; lo que sucede podemos considerarlo mejor como un exámen que como una persecucion. Cada uno cuidaba sólo de ensanchar su patrimonio; olvidando lo que hicieron los fieles de los tiempos apostólicos, que es lo que deberían hacer siempre, vemos una avaricia insaciable que sólo piensa en aumentar las rentas.»

Al publicarse el edicto de persecucion, una gran parte de cristianos despertaban aterrados.

No fueron pocos los que olvidaron que la fe vale más que los bienes temporales, que las posiciones distinguidas, que los empleos públicos. Éstos fueron los primeros en obedecer á las órdenes del Emperador. Otros se doblegaron á las instigaciones de sus parientes ó de sus amigos, que vivían en la supersticion pagana; otros fueron citados por la autoridad pública, y no se sintieron con fuerza para oponerse á sus amenazas.

Se les vió, pues, comparecer ante los altares gentilicos, á los unos pálidos, temblorosos, luchando entre su deber y su interés, revelando la agitacion del remordimiento, y teniendo que soportar las burlas de los gentiles, que se cebaban en aquellos cobardes, que ni tenían el heroismo de la fe, ni el valor de la apostasia; otros, no queriendo presentarse en carácter de apóstatas, decían en alta voz que ni eran cristianos ni lo habían sido nunca; otros se manifestaban alegres al ir á devorar la más miserable de las vergüenzas, proclamando que al sacrificar á los dioses lo hacían con plena voluntad, pidiendo á sus vecinos y amigos que fuesen á presenciar su abjuracion y poniendo la copa consagrada á las divinidades falsas en boca de sus inocentes hijos.

Los más oscuros huían á las montañas ó al desierto. Varios de ellos, al ser sorprendidos, apostataron en la cárcel ó en el tormento.

(1) San Cipriano, 7, 8, 13.—Eusebio, VI, 39, 41.

Los cristianos que permanecían ocultos en los desiertos, ó los que aguardaban el tormento ó la muerte en el fondo de los calabozos, pudieron creer que llegaba definitivamente *la abominacion de la desolacion* anunciada por la profecía; los gentiles, los filósofos, los escépticos, llegaban á persuadirse de que el Cristianismo no era más que el producto de un esfuerzo humano, y que iba á bastar otro esfuerzo humano para aniquilarle.

El plan de Decio parecía alcanzar un éxito que satisfacía todas sus esperanzas.

«¿Qué quedaba de la Iglesia? Los desterrados, los que se amparaban en el fondo de los desiertos, los cautivos en los calabozos, los cristianos oscuros, de los que el poder no podía tener noticia siquiera, y que permanecían ocultos en un rincon de sus casas, ¿no serían dentro de poco vencidos por el sufrimiento, muertos por el hambre, ó á título de gracia, inmolados por el verdugo? Hasta sacerdotes, hasta obispos, llegaron á sucumbir, arrastrando en su ruína á sus desgraciadas ovejas; añádase que llegó á haber un obispo que se convirtió en perseguidor (1).»

En su palacio de Roma recibe Decio noticias de la Galia, del África, del Egipto, del Asia; en todas partes su proyecto ha obtenido una realizacion completa. Roma le presenta cada día su contingente de apóstatas, y Decio consigna con orgullo que Neron y Domiciano no fueron nada más que unos estúpidos; que sólo él sabrá acabar para siempre con la religion del Nazareno.

Sólo le falta dar á la obra la última mano. Buscar á los que se esconden, llamar á los proscritos, hacer comparecer á los presos; que lo que no pueda la persuasion ó el miedo, lo consume el verdugo, y Roma podrá presentarse á Júpiter Capitolino, con su Emperador al frente, para celebrar el fin de los cristianos, y el imperio entrará en una época de gran prosperidad, protegido por el favor de los dioses, á quienes habrá vengado Decio de una manera cumplida, acabando para siempre con los que creen en un Dios único.

Decio ordena que se llame á los verdugos; pero que se les llame para dar el tormento, antes que para dar la muerte. Se aplican torturas de un carácter tal, que no pueden ser inventadas sino por una inspiracion satánica; la crueldad, con lo que tiene de más repugnante; la barbarie, con lo que puede haber en ella de más salvaje y más inhumano; á veces la seduccion con lo que puede haber en ella de más pérfido; en una palabra, se agotan todos los recursos. Así, por ejemplo, se expone á las moscas untado de miel al hombre á quien con un hierro candente se le había cubierto el cuerpo de llagas. En punto á seducciones, sabida es la historia de aquel jóven, que en medio de un jardin delicioso, rodeado de flores por todas partes, percibiendo el murmullo de las aguas, aspirando los más voluptuosos aromas, se le tiende atado de piés y manos en mullido lecho, y se le presenta despues para corromperle una prostituta notable por su belleza física y ataviada con todo el lujo oriental (2).

Al llegar la hora suprema de la lucha sonó para el Cristianismo la grande hora de los triunfos.

Al morir el papa Anterio (236), los fieles, reunidos en las catacumbas, acordaron nombrar un papa que fuese, á la vez que un santo por sus virtudes, un héroe por su valor, porque aunque entónces reinaba la paz, personas de recto criterio presentian un porvenir cercano preñado de tempestades; percibiase en la atmósfera como un aire de persecucion, que no podría dejar de ser funesto.

¿Cuál es la persona que se encontrará á la altura de las críticas circunstancias por que tendrá que atravesar la Iglesia? Pronúncianse varios nombres de obispos y de presbíteros. Hallábase en la asamblea un hombre desconocido, llegado allí de una de las aldeas de las cercanías de la capital.

De pronto se ve una paloma volteando por el aposento: todos se fijan en la avecilla que va á dejarse caer al fin sobre la cabeza de un cristiano. La cuestion ha sido resuelta por la

(1) Champagny, *Les Césars*, XI, 291.

(2) Véase san Jerónimo en su *Vida de san Pablo*.

Providencia. Viene á la memoria de todos el texto evangélico en que se consigna la manera como el Espíritu Santo, en forma de paloma, también fué á colocarse en la frente del Redentor en las orillas del Jordan. El desconocido es proclamado papa: se llamaba Fabian.

Con un pontificado que se distinguió por el celo, la prudencia y las virtudes, justificó Fabian su eleccion milagrosa. Es uno de los papas que más trabajaron por la propagacion de la fe y la consolidacion de la Iglesia. Envió misioneros á puntos de Italia en que el Evangelio no había penetrado, y fué también él quien designó á san Dionisio para primer obispo de París, señalándole para compañeros á Rústico y á Eleuterio, á fin de que realizasen el apostolado en la Galia Septentrional.

El mundo cristiano que admiró sus virtudes, acató sus decisiones.

«Alcanzó una muerte digna de sus merecimientos y de la integridad de su administracion,» dice san Cipriano.

El Emperador y sus agentes creyeron que lo que más convenía á su plan era dirigirse primero contra los obispos, contra los personajes más visibles de la Iglesia, introduciendo de esta suerte el desconcierto en la grey.

Decio, no pudiendo vencer la resistencia de Fabian, ordenó que fuese decapitado.

El encarnizamiento de la persecucion fué tanto; de tal suerte se espiaba á los cristianos y se les arrojaba de todas partes, que transcurrieron diez y seis meses sin que el clero y los fieles pudieran congregarse para elegir á san Fabian un sucesor.

«El tirano se hubiera irritado ménos con saber que tenía un rival que le disputaba el imperio, que con que se le anunciase que un pontífice de Dios acababa de establecerse en Roma (1).»

Impedir la eleccion del Pastor supremo les pareció á ellos el golpe de gracia asestado contra la Iglesia.

Léjos de ser así, la muerte de Fabian pareció la orden de combate para los cristianos que con su fe conservaban todavía su valor.

La Iglesia, que no es invulnerable, es inmortal.

No era la hora de dar disposiciones ni de emitir decretos; era la hora de saber morir. A falta de pontífice, estaba al frente de la Iglesia el Dios de los ejércitos.

En Roma era donde más arreciaba la persecucion; en Roma es donde se crea desde luego una organizacion la más admirable para resistirla.

No falta nada. Miéntas unos gimen en los calabozos, otros hacen uso de la libertad de que gozan todavía para ir á animarles, otros se encargan de dar sepultura á los mártires, otros de socorrer á las viudas y á los huérfanos, otros de sostener á los que vacilan ó de reconciliar con Dios á los que han caído. Hay miembros del orden eclesiástico que corren de una á otra provincia para mantener el lazo de la unidad, que llevan las instrucciones de la Iglesia madre á las demas iglesias, presbíteros de la Iglesia viuda de su pontífice mártir que van á alentar á otras iglesias viudas de su obispo fugitivo.

Los sacerdotes de Roma escribian á sus hermanos de Africa, representados en san Cipriano:

«No son meras exhortaciones las que os dirigimos; podréis saber por medio de aquellos que os enviamos, que aquello que os pedimos que hagáis, empezamos por hacerlo nosotros;... no desertamos de la asamblea de los creyentes, sino que les exhortamos á mantenerse firmes en la fe y dispuestos á irse con el Señor; devolvemos á la Iglesia á aquéllos que subían ya las graderías (del templo ó del tribunal para sacrificar á los ídolos). Sabéis ya, hermanos, que también vosotros debéis proceder de la misma manera... Vosotros, que tenéis el celo de Dios, transmitid copia de esta carta á todas partes donde os sea posible, por medio de fieles emisarios.»

Decio acababa de ser víctima de una vergonzosa derrota. Los godos, bajo el mando de

(1) San Cipriano, Ep. LII, ad Antonianum.

Cuiva, se habían apoderado de Nicópolis y Marcianópolis, tomado por asalto Filipópolis, degollado cien mil habitantes, llevándose muchos prisioneros, y esto á la vista del mismo Emperador.

Para que llegara su cólera al último extremo sólo faltaba que le anunciaran la resistencia de los cristianos.

En las paredes del Capitolio, en todas las ciudades y pueblos del imperio se manda fijar nuevamente el edicto, que se lee ante los pretorianos. El Emperador dice en él: «Que resuelto á tratar con clemencia á todos sus súbditos, encontraba un obstáculo en la secta de los cristianos, los cuales con su impiedad excitaban la ira de los dioses, y eran causa de las desgracias que sufría el imperio. Mando, pues, que todo cristiano, sin distincion de clase, condicion, sexo ó edad, sea obligado á sacrificar en los templos; que se encarcele á los que se resistan; que se les someta primero á torturas menores para vencer poco á poco su constancia, y que si persisten en su obstinacion se les precipite en el mar, se les eche vivos en las llamas, se les arroje á las fieras, ó se les cuelgue de un árbol, á fin de que sirvan de pasto á las aves.»

San Gregorio Niceno escribe: «Los magistrados suspendian todos los procesos particulares ó públicos para ocuparse con preferencia del asunto capital, que era el arresto ó el suplicio de los creyentes. Las sillas de hierro hechas ascua, los garfios... todos los instrumentos inventados por la crueldad de los hombres, no descansaban noche y día destrozando cuerpos de mártires: establecióse entre los verdugos una brutal competencia. El vecino, el amigo, el pariente, delataba, vendía á su pariente, á su amigo, á su vecino... Poblábanse los desiertos. Pronto no bastaron las cárceles, y fué indispensable convertir en prisiones todos los edificios públicos (1).»

En Roma, los presbíteros Moysés y Máximo, el diácono Nicostrato, y otros valientes confesores, desde la cárcel, sufriendo los horrores del hambre, de la sed, á la presencia del suplicio, escriben:

«¿Qué es lo que la gracia de Dios puede conceder de más grande y más glorioso á un hombre, que confesar valientemente á su Dios en presencia de los verdugos, con su cuerpo destrozado, tostado, casi exánime; proclamar á CRISTO, Hijo de Dios, con el aliento de una voz que se apaga, pero que conserva íntegra su libertad;... romper las ligaduras del siglo para presentarse libre delante de Dios, y llegar á ser, en nombre de CRISTO, el colega de la pasion de CRISTO (2)?»

Roma, pues, no sólo supo conservar ardiente el fuego de la fe, sino que supo comunicar sus ardores á las demas provincias: del corazon de la Iglesia salía el aliento supremo que había de reanimar á todo el cuerpo.

Fuera de Roma, á poca distancia de la capital, Pergentino y Laurentino, despues de un largo encierro en lóbrego calabozo, despues de sufrir los horrores del hambre, reciben crueles azotes. En vez de exhalar ayes de queja ó gritos de desesperacion, los dos mártires prorumpen en cánticos.

El juez, como poseído de un furor diabólico, exclama:

—¡Infeliz de mí! ¡Estos miserables me humillan!

Y no pudiendo soportar más el espectáculo de tan gran valor, manda que se les dé muerte inmediatamente.

Fusca, jóven de quince años, es herida primero con palos, despues con la espada: Maura, su nodriza, al ver su cuerpo tan maltratado, tan cubierto de sangre, se echa sobre ella, la abraza, sin que nada sea capaz de arrancarla de su jóven señora.

Son citados ante el juez, el lector Venancio y el presbítero Porfirio, y comparecen acompañados de toda una familia de gentiles que acaban de convertir.

Multitud de fieles, en Foligno, se empeñan en quedarse en la cárcel para acompañar á su

(1) San Gregorio Niceno, *Vita Thaumal.*

(2) *Moyses et alii ad Cyprianum*, Ep. 31.



obispo Feliciano. Quiere cuidar á éste en la prision la vírgen Mesalina, la cual, santificando un nombre impuro, se da conocer á sus verdugos, sufriendo la muerte con los demas encarcelados.

Tres soldados instruídos por Feliciano, que se convirtieron á la Religion en tiempo de Filipo, reclaman el derecho á su fe, y con su valor conquistan la muerte.

Entre las heroínas que sufrieron por sus creencias, merece mencion especial santa Águeda, á la que la Iglesia nos recuerda todos los días en el cánon de la santa misa.

Nada tan sublime como las respuestas y las plegarias de esta heroína vírgen en las horas de su largo y horroroso martirio.

De noble cuna, y favorecida de extraordinaria belleza, había sacrificado en aras de su virginidad el amor y la mano de Quinciano, pretor de Sicilia.

Durante la persecucion, la jóven Águeda cayó en poder del Pretor, acusada de cristianismo.

Águeda comparece cubierta de modestísimo traje.

Quinciano empieza por reprenderla, diciéndole, que con aquellos vestidos, que con su profesion de cristiana que la induce á llevar una vida pobre y oscura, está faltando á las exigencias de su posicion; le añade que es menester que atienda á su elevado rango, y que no se degrade con la humildad y la servidumbre cristiana.

—No sabes bien lo que dices, Quinciano, le contesta la jóven; lo que tú llamas humildad y servidumbre cristiana, es timbre de mayor gloria y nobleza que todo el oropel de los reyes. En cuanto á mí, yo no soy más que una sierva de JESUCRISTO, y hé aquí por qué me ves cubierta de pobre traje. No quiero ser reconocida sino por lo que soy y por lo que me glorío de ser.

Quinciano ordena que la jóven sea conducida á la cárcel.

—Es cabalmente lo que deseo, responde con la mayor serenidad.

Águeda camina alegre y satisfecha hacia la prision lo mismo que si se dirigiera á un banquete, y sólo pide á Dios que la fortifique en la lucha (1).

Comprendióse que, más que todos los tormentos, lo que más afectaría hondamente á la modesta y casta vírgen sería exponerla desnuda á los verdugos. Así lo verifican, luégo la azotan, la queman los costados con hierro candente, y la extienden en un potro.

La jóven sufre, es verdad, pero su fe y su constancia siguen inquebrantables.

Se la amenaza entónces con un tormento que la crueldad pagana no había ensayado aún.

—No importa, responde ella; Dios que me ha salvado y me ha consolado hasta aquí, continuará ayudándome, y yo perseveraré en su confesion (2).

Á la amenaza sigue el hecho. Dos seres con figura de hombre, pero con instintos de hiena, por medio de tenazas hechas ascuas le destrozan los pechos en presencia del Pretor. Era una venganza salvaje del que pretendió un día la mano de Águeda.

Águeda se acuerda ménos de lo que ella sufre que del horroroso crimen que está cometiendo aquél que la pretendió por esposa.

Águeda le dice que podrá destrozar su cuerpo; pero que quedará íntegra su alma. Le recuerda que él tambien tuvo madre, y que el hombre que ha tenido madre no se concibe que cometa una barbaridad tan inaudita.

Se suspende el tormento, se la manda otra vez á la cárcel, y poco despues el cuerpo de la mártir aparece completamente sano.

Empiezan de nuevo las excitaciones. Quinciano ya no es sólo para Águeda la tentacion de la fe, es tambien la tentacion de la castidad. Pero Águeda, fe, castidad, todo lo ha prometido á JESUCRISTO, y ella responde con acento varonil:

—Nunca seré perjura á mi celestial Esposo. Yo adoro é invoco únicamente al Dios vivo,

(1) *Agatha lætissime et glorianter ibat ad carcerem, quasi ad epulas invitata; et agonem suum Domino commendabat.*

(2) *Adjuta à Domino, in confessione ejus perseverabo qui me salvam fecit et consolatus est me.*

que es el que me ha restituido la integridad de mi cuerpo y me ha curado todas mis llagas.

Águeda es conducida á la plaza pública; arrastran su cuerpo sobre agudos pedernales, sobre carbones encendidos, y desgarran los delicados miembros de la casta y hermosa jóven.

Pero miéntras la poblacion contempla aquel feroz y sangriento cuadro, percibese debajo de la tierra un rumor siniestro, y muy pronto el Etna empieza á vomitar abrasadora lava.

El mismo pueblo pagano ve en esto como una señal de la cólera divina que se propone castigar los ultrajes hechos á la inocencia y á la castidad de aquella vírgen.

Quinciano llega á imponerse ante unos murmullos que podrían terminar con las iras populares, y Águeda es restituida á su calabozo.

Allí, puesta en pié en medio de la cárcel, con las manos extendidas, Águeda ruega al Señor, diciendo:

«Señor JESUCRISTO, mi buen Maestro, que me creaste, que arrancaste de mi pecho el amor al siglo, yo te doy gracias porque salvaste mi cuerpo de toda mancha sensual, y me hiciste triunfar de las torturas de los verdugos: dispon, Señor, que pueda yo llegar felizmente á percibir la inmarcesible corona (1).»

Al concluir esta oracion Águeda entrega su espíritu al Criador.

Los cristianos le dan honrosa sepultura, sin que nadie se atreva á impedirselo. Muy léjos de esto, amenazada la ciudad por las erupciones del volcan, son los mismos paganos los que corren al sepulcro de la mártir, se apoderan de su velo y parece que quieren hacerlo servir como de barrera á la invasion de la lava.

Murieron tambien mártires de aquella persecucion en Roma, Victoria y Anatolia, vírgenes; Abdon y Senen, persas; en Fundi, Magno, obispo, y Patomo; en Asís, Victoriano, obispo; en Atimeni, Caro, obispo; en Leontium, los hermanos Alfio, Filadelfo y Quirino; varios judíos, siete niños y veinte soldados convertidos por ellos.

Y la sangre que se prodigaba en Italia, no es que se ahorrara en las demas regiones.

Aleandría, la segunda ciudad del imperio, era á su vez la segunda iglesia de la cristiandad.

Hubo allí al principio sus apóstatas; pero no faltaran despues sus héroes.

Figura entre estos Juliano, hombre de avanzada edad, completamente inutilizado por la gota, que le tenía sin poder moverse de su casa. Pero el viejo imposibilitado supo salir de su vivienda para dirigirse al martirio. Dos criados suyos le acompañan para que pueda llegar hasta el tribunal. Uno de los criados apostata desde luégo. No así el otro, que se llamaba Cronion, el cual dice en alta voz que profesa la misma fe que el viejo Juliano.

El juez ordena que Juliano y Cronion sean montados en un camello y se les pasee por todo el recinto de aquella extensa ciudad. Así se realiza.

Á trechos determinados se detiene la comitiva para azotar á los dos mártires. Al llegar al término de la carrera, son quemados en presencia de un bárbaro populacho, que aplaude ferozmente ante aquellas escenas de horror.

Durante el curso, hubo un soldado llamado Besas que no pudo contenerse á vista de las torpes injurias que se prodigaban contra Juliano y Cronion, y reprendió enérgicamente el brutal proceder de los que tal hacían.

Apénas el viento ha esparcido las cenizas de los dos mártires, cuando el populacho empieza á rodear á Besas, se apodera de él y le conduce ante el juez en medio de una infernal gritería.

Poco despues Besas era decapitado.

Félix, originario de la Lybia, por su constancia en confesar á JESUCRISTO es tambien quemado vivo.

(1) *Stans beata Agatha in medio carceris, expansis manibus, orabat ad Dominum:—Domine JESU-CHRISTE magister bone, qui me creasti et tulisti à me amorem sæculi, gratias tibi ago, quia corpus meum à pollutione separasti, et quia me fecisti vincere tormenta carnificum. Jube me, Domine, ad tuam inmarcesibilem coronam feliciter pervenire. (Brev. et Act. Mart.).*

REVISTA DE HISTORIA DE ESPAÑA

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

LA REVOLUCION FRANCESA

EL RENOVAMIENTO

LA REVOLUCION DE LA CONCIENCIA

LA REVOLUCION DE LA HISTORIA CRISTIANA

GALILEO GALILEI

LOS PRINCIPALES

Los volúmenes de esta obra, que se publican en forma de fascículos, contienen los trabajos de los autores más importantes de la historia de España. Cada fascículo trata de un tema concreto y aporta datos y análisis de gran interés para el lector. La obra es una excelente herramienta para el estudio de la historia de España y de sus principales figuras.

## HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 84 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de a Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal, de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José Maria Rodriguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo Maria Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.